

ROGER SCRUTON Y LOS USOS DEL PESIMISMO

Roger Scruton es quizás uno de los filósofos más polémicos hoy en el Reino Unido. Su obra es muy diversa: más de treinta ensayos sobre filosofía, política, arte, arquitectura y música, novelas y relatos de ficción e incluso ha compuesto el libreto y la música de dos óperas que han llegado a ser representadas en Inglaterra.

Entre sus obras se podrían destacar los siguientes: *The meaning of Conservatism* (1980), *From Descartes to Wittgenstein: A short history of modern Philosophy* (1981), *Thinkers of the new Left* (1985), *An intelligent person's Guide to Philosophy* (1996), *The Aesthetics of Music* (1997), *The need for Nations* (2004), *A political Philosophy: Arguments for Conservatism* (2006), *News from somewhere* (2004) y las dos más recientes, *I drink therefore I am: A philosopher's Guide to Wine*, publicada en 2009, y *The uses of pessimism and the danger of false hope*, en 2010.

Scruton se define a sí mismo como conservador “no porque quiera serlo, sino porque mi pensamiento me obliga a ello”. Vivió en París los sucesos de Mayo del 68. Aquella izquierda subversiva que estaba dispuesta a llevarse por delante todas las instituciones académicas, y cuyo ideal era la Revolución Cultural China, hizo emerger su conservadurismo: “yo quería conservar lo que ellos pretendían destruir”. Al final de los noventa, Scruton

Alicia Delibes es viceconsejera de Educación de la Comunidad de Madrid

decidió instalarse a vivir, con su mujer e hijos, en una granja que posee en un pueblecito del condado de Wiltshire, al sureste de Inglaterra.

El último libro de Scruton, *The uses of pessimism and the danger of false hope*, publicado por Ariel con el título *Usos del pesimismo. El peligro de la falsa esperanza*, está dirigido a los “pesimistas” razonables. Es decir, a esas personas que creen que vivimos en un momento de desconcierto ideológico, moral, cultural y político y buscan argumentos para combatir la sinrazón que parece haberse apoderado de nuestra sociedad. Una sociedad que da síntomas de haberse dejado seducir por las falacias de un puñado de ilusionistas utópicos, vendedores de sueños irrealizables.

Scruton rastrea en la historia, en la psicología, en la filosofía y en la política para analizar de dónde viene el poder de sugestión de esos vendedores de falsas esperanzas y cuáles son las falacias que se esconden tras sus discursos optimistas. Toma de Schopenhauer el significado del “optimismo” para conducir al lector a la conclusión de que debe huir de las utopías irrealizables y concentrar sus energías en la defensa de la “libertad con restricciones” y de la felicidad conseguida con sacrificios: “En este libro examino el optimismo en el sentido en que Schopenhauer llamaba su modalidad ‘perversa’ o ‘sin escrúpulos’, y analizo el papel que desempeña el pesimismo cuando se trata de restablecer el equilibrio y la sensatez en la dirección de los asuntos humanos”.

Así pues, un “optimista sin escrúpulos” será, para Scruton, aquel que quiere resolver los conflictos humanos aferrándose siempre a la que considera solución ideal, al “mejor caso posible”, y se niega a analizar cualquier otra posibilidad. Lejos de asumir la responsabilidad de equivocarse, estos “optimistas” siempre están dispuestos a hacer recaer sobre otros la culpa de sus errores, descalifican a quienes les critican o tratan de poner freno a su afán reformador, considerándolos “seres diabólicos” que, poseídos de un cinismo cruel, pretenden destruir “las esperanzas de la humanidad”.

El optimista sin escrúpulos actúa como un devoto que dominado por la arrogancia que le da su fe aspira a la mejora de “la especie”, al tiempo que ignora y desprecia las necesidades de sus semejantes; no gusta de soluciones individuales, sueña con planificaciones a gran escala, transformaciones

redentoras cuyas consecuencias desconoce. En su optimismo y su afán redentor pone en peligro, y a veces destruye, las instituciones y los procedimientos que podrían servir para corregir los errores.

La falsa esperanza de estos optimistas, advierte Scruton, nada tiene que ver con la esperanza del que cree en una vida eterna, que sabe que el Reino de Dios no es de este mundo y “que cualquier intento de construir el cielo en la Tierra sería tan presuntuoso como irracional”.

Tampoco tiene que ver con la forma de actuar de los que Scruton considera optimistas “con escrúpulos”, quienes, antes de tomar una decisión, acuden a las fuentes del conocimiento respetando la jerarquía del saber, consideran la posibilidad de equivocarse y optan por la que piensan será mejor decisión, asumiendo los riesgos de un posible error.

El uso del pesimismo sirve de freno a la falsa esperanza de los “optimistas sin escrúpulos” que están dispuestos a redimir a los hombres y establecer el Reino de Dios en la Tierra. “El pesimismo –escribe Scruton– nos enseña a no idealizar a los seres humanos, para así perdonar sus errores y podernos esforzar en privado para enmendarlos”.

El estudio de Scruton sobre los usos del pesimismo “revelará un rasgo todavía más interesante de la naturaleza humana: que los errores más obvios son los más difíciles de rectificar”. Esa dificultad de rectificar los errores reside en el hecho de que las decisiones que llevaron a cometerlos no fueron dictadas por la razón sino por la aceptación de una serie de falacias que, una vez se apoderan de la mente del hombre, quedan adheridas a lo más profundo de sus emociones. Los individuos que sucumban al poder de esos engaños intelectuales se verán sumergidos en un mundo de ilusiones tan comfortable que inventarán cualquier estrategia y utilizarán todas las armas posibles con tal de no verse obligados a abandonarlo.

Además de “la falacia del mejor caso posible”, que definiría el optimismo sin escrúpulos, Scruton analiza otras seis falacias, a las que llama “el nacido en libertad”, “la utopía”, “la suma cero”, “la planificación”, “el movimiento del espíritu” y “la agregación”. En su estudio recorre los graves

errores a los que conduce la creencia en las falsas ilusiones que producen y alerta del poder que aún ejercen en nuestro tiempo. Merece la pena exponer brevemente cómo analiza Scruton estas falacias.

LA FALACIA DEL ‘NACIDOS EN LIBERTAD’

El artífice de esta falacia fue Rousseau, que en su *Contrato social* “anunció de manera grandilocuente que el hombre nace libre, pero que en cualquier parte del mundo se encuentra cubierto de cadenas”.

No se decide Scruton a situar a Rousseau entre los optimistas, pero afirma con rotundidad que el autor de las *Confesiones* “suministró el lenguaje y las líneas de pensamiento con las que presentar un nuevo concepto de libertad humana, de acuerdo con el cual la libertad es lo que queda cuando retiramos todas las instituciones, restricciones, leyes y jerarquías”.

Desde la Revolución francesa, esa idea de que la libertad es una condición natural del género humano que exige la eliminación de las instituciones y de la jerarquía ha ido ganando fuerza en la filosofía, en la política y en la educación. Una interpretación de la libertad que para Scruton es absolutamente falaz, pues “Instituciones, leyes, restricciones y disciplina moral son una parte de la libertad y no su enemigo, liberarse de ellas acabaría rápidamente con la libertad”.

El niño solamente cuando sale de su yo egoísta tiene la oportunidad de entrar en el mundo de los otros y de aprender a respetarlos. Y sólo entonces, cuando es capaz de respetar a los otros, puede respetarse a sí mismo. Solamente cuando ha aprendido a compartir el mundo con los demás, cuando ha llegado a aceptar las restricciones que hacen posible el disfrute de la libertad en un grupo humano, habrá aprendido lo que es la libertad. El niño debe aprender que el disfrute de la libertad exige responsabilizarse de las consecuencias de nuestras acciones.

Así que, concluye Scruton, no nacemos libres, “La libertad, aunque valiosa en sí misma, no es un regalo de la naturaleza, sino el resultado de un proceso

educativo, algo que debemos obtener a través de la disciplina y el sacrificio”. El filósofo nos induce a llegar a la conclusión de que sería absurdo pensar que nacemos libres cuando es evidente que no nacemos responsables.

Scruton encuentra un magnífico ejemplo de esta falacia en “la revolución que barrió las escuelas y departamentos de educación durante los años cincuenta y sesenta, y que nos indicó, enarbolando la autoridad de una ristra de pensadores que iban de Rousseau a Dewey, que la educación no debía fundamentarse en la obediencia y el estudio, sino en la expresión de la personalidad y el juego”.

Y como ejemplo concreto cita el informe *Children and their Primary Schools*, realizado en 1967 en Inglaterra por el Consejo Central de Educación, presidido por Lady Plowden, con el que se obligó a las escuelas británicas a sustituir los métodos tradicionales de enseñanza por una “pedagogía progresista”. La aplicación del informe se llevó por delante los programas tradicionales, la disciplina en las aulas, la instrucción y la autoridad académica de los profesores para, aparentemente, hacer triunfar la creatividad del niño, el autoaprendizaje o la libre y lúdica construcción del propio conocimiento. Y por si acaso algo fallaba, para protegerse del posible error, el informe descargaba de toda responsabilidad a los responsables directos de la educación, es decir, a los padres, profesores y alumnos, y señalaba como únicos culpables a la sociedad, a los jefes y a la falta de recursos económicos.

No es necesario ser un experto en educación para estar de acuerdo con Scruton en que esta falacia del “nacido libre” ha dominado el pensamiento educativo a lo largo del siglo XX. Una falacia que se apoderó de las mentes de unos optimistas que carecieron de escrúpulos para imponerla a la sociedad y lograron encontrar las armas necesarias para protegerse de la realidad.

LA FALACIA DE LA UTOPIA

Los utópicos, según Scruton, ven el mundo de una forma muy particular. Son capaces de ignorar o desechar los hallazgos de la experiencia o del

sentido común, y colocar en el centro de cada deliberación un proyecto que saben es absurdo e irrealizable. Pero el hecho de ser absurdo, en vez de considerarlo un defecto, lo utilizan como forma de descalificar a quien se atreva a señalar que la idea es descabellada.

La utopía se protege de la refutación, de la realidad de los hechos, mediante la descalificación moral: “El ideal se vuelve tan puro como se pretendía. Quienes creen que pueden refutarlo recurriendo a los hechos, es evidente que están guiados por ‘conciencias falsas’”.

“Este marco mental –escribe Scruton– ha desempeñado durante dos siglos un papel determinante en la política europea, y en ningún caso la experiencia de los desastres ha tenido el menor efecto para conseguir algún resultado a la hora de frenar a los nuevos reclutas”.

No le faltan ejemplos a Scruton para describir la tragedia que puede sobrevenir cuando un puñado de utópicos alcanza el poder. Ante cualquier sospecha de que la realidad pueda empañar sus sueños, buscarán víctimas propiciatorias contra las que dirigir su cólera. Lo hicieron los jacobinos contra los aristócratas, lo hizo Hitler contra los judíos, lo hicieron los bolcheviques contra los burgueses, los *kulaks*, y “cualquier grupo que pudiera satisfacer el papel de víctima sacrificial, tal y como exige la falacia de la utopía”.

LA FALACIA DE LA SUMA CERO

Cuando los optimistas sin escrúpulos deben afrontar un fracaso buscan siempre un culpable. Instintivamente les funciona un cierto sentido de compensación: si yo fracaso es porque alguien ha tenido éxito. Es lo que Scruton llama “falacia de la suma cero”, en la que “cada pérdida es la ganancia de otro”. El Norte será cada vez más rico a costa de que el Sur se empobrezca. La pobreza del Tercer Mundo se debe al enriquecimiento de sus colonizadores.

Esta falacia, que “ha sido la raíz del pensamiento socialista desde los escritos de Saint-Simon, pero sólo se ha convertido en un clásico después de

que Marx formulase la teoría de la plusvalía”, conduce inexorablemente al resentimiento y a la confusión entre igualdad y justicia que ha gobernado las reformas educativas de las sociedades occidentales.

Scruton cuenta cómo siendo de familia pobre tuvo la suerte de conseguir una plaza en la *Grammar School* de su distrito. Las *Grammar Schools* eran centros públicos de enseñanza secundaria en los que sólo podían matricularse los niños que obtenían una buena nota en los exámenes conocidos como *Eleven plus* que todos debían realizar a los once años, edad en que finalizaban la educación primaria. Este sistema se implantó en Inglaterra en 1944 y se mantuvo hasta que, en 1965, el ministro de Educación laborista, Anthony Crosland, decidiera cerrar las *Grammar Schools* e imponer como único modelo de enseñanza secundaria el de las *Comprehensive Schools*, en las que ingresaban todos los niños de once años y permanecían hasta los dieciséis recibiendo las mismas enseñanzas.

Para Scruton, la explicación del odio de los laboristas hacia las *Grammar Schools* puede encontrarse en esta falacia de “la suma cero”. Un sistema que permitía el éxito de algunos inevitablemente permitiría el fracaso de otros. No se podía permitir que unos gozaran de todas las oportunidades mientras otros quedaban al margen.

“De este modo –escribe Scruton– nació el movimiento de la educación comprensiva, junto con la hostilidad a las clases tradicionales y la degradación de los exámenes, con el propósito de evitar que el sistema educativo produzca y reproduzca ‘desigualdades’”. Era fácil asegurar la igualdad en el campo de la educación, bastaba con retirar todas las posibilidades de prosperar, de manera que ningún estudiante consiguiera aprender algo. “Un sistema que ofrecía a niños de familias pobres una oportunidad de avanzar por los méritos de su talento o de su esfuerzo, fue destruido sin más, por la simple razón de que distinguía a los que triunfaban de los que fracasaban”.

Con una pequeña dosis de realismo, añade Scruton, se podría haber pensado que un chico puede triunfar en una cosa y fracasar en otra. “Sólo un sistema educativo diversificado, con exámenes rigurosos y bien diseña-

dos, permitiría a los críos desarrollar su pericia, su habilidad o su vocación hacia el campo que les resultase más natural”.

LA FALACIA DE LA PLANIFICACIÓN

Como ejemplo del efecto de esta falacia que, según Scruton, domina a políticos de diferentes ideologías, el escritor hace una crítica demoledora del funcionamiento de la Unión Europea, en la que altos funcionarios diseñan normas que han de aplicarse en países muy diversos. “La institución carece de medios para rectificar los errores y es muy difícil pedir responsabilidades a las personas que toman decisiones. (...) Algunas regulaciones son tan ridículas que pueden provocar las carcajadas de toda la Unión Europea, pero la risotada resuena en el vacío, pues no hay ningún responsable para sonrojarse o responder”.

LA FALACIA DEL MOVIMIENTO DEL ESPÍRITU

El tiempo avanza, avanzar con el tiempo siempre es progresar. Volver hacia atrás es intolerable. Esta falacia, que protege a los optimistas sin escrúpulos de toda rectificación, se ve “agravada por el mito del ‘progreso’”.

El progreso científico se produce añadiendo descubrimientos a los conocimientos adquiridos por la generación anterior. Esto, que es cierto en el campo de la ciencia, no es trasladable a otros campos en los que no hay una acumulación de saberes sobre los que construir. Y no lo es, por ejemplo, en la esfera política, donde el cambio unas veces es a mejor y otras a peor. Scruton explora también el campo del arte y de la arquitectura y se despacha a gusto contra la obligatoria modernidad de sus cánones de belleza.

LA FALACIA DE LA AGREGACIÓN

“Cuando los revolucionarios franceses compusieron su lema *‘Libertad, igualdad y fraternidad’*, se sentían en un estado de exaltación utópica que les

impedía ver ningún error. A sus ojos, la libertad era buena, la igualdad era buena y la fraternidad era buena, así que la combinación de las tres era, por definición, buena”.

“Ni siquiera cuando Robespierre proclamó fanáticamente ‘el despotismo de la libertad’ se les ocurrió a los jacobinos considerar que estaban inmersos en una contradicción. Sólo cuando se pusieron en marcha los tribunales revolucionarios, los más sensatos de entre ellos captaron que el objetivo de la igualdad requería la destrucción de la libertad. Las cabezas jacobinas en las que germinó este pensamiento crítico fueron rápidamente cortadas para evitar que la idea diera sus frutos. Desde entonces, una y otra vez la humanidad ha cometido el mismo error, al considerar la búsqueda de la igualdad como la verdadera vía para alcanzar la libertad y defendiendo la sumisión al Estado como la ‘liberación’ de las masas ante las ataduras de la explotación”.

Vuelve Scruton a referirse a la educación para buscar ejemplos que muestren el error de esta nueva falacia. Los optimistas sin escrúpulos, al considerar la educación de los inmigrantes, apostaron por el multiculturalismo. Si una cultura es buena, dos culturas serían mejor y muchas culturas, algo muchísimo mejor. El multiculturalismo no ha sido capaz de crear nuevos programas de estudio, sólo ha destruido los que había. El multiculturalismo ha criado una generación de jóvenes de origen inmigrante que no se sienten identificados ni con el país que los acoge ni con su lugar de origen.

Scruton rastrea el poder de todas estas falacias a lo largo de la historia y llega a la conclusión de que estuvieron presentes y fueron necesarias en la organización social del hombre prehistórico, y que vuelven a aparecer en tiempos de guerra o en casos de emergencia en los que peligraba el mantenimiento de la paz. Son situaciones en las que la población pone su voluntad en manos del líder con la confianza ciega de que velará por su seguridad. Pero en tiempos de paz, dice Scruton, deben escucharse las voces de los “pesimistas”, con sus llamadas a la reflexión, a la sensatez y a la prudencia.

“Las falacias que he diagnosticado en este libro no lo son porque el pensamiento que ejemplifican sea absurdo, sino porque pretenden aplicar en tiempos de paz y cooperación social la actitud propia de la guerra”.

De vez en cuando, a lo largo de la historia, han surgido grupos de “optimistas sin escrúpulos” que han intentado utilizar todo tipo de falacias para destruir la forma asentada de gobierno. Lo hizo “una minúscula banda de bolcheviques” y, ahora, quieren hacerlo los islamistas que persiguen imponer en los países musulmanes una forma de vida tribal.

Termina Scruton con una reflexión sobre dos valores que considera irrenunciables del legado espiritual de la manera europea de vivir: la ironía y el perdón. La ironía, que no el “sarcasmo”, sería la facultad que tenemos de observarnos desde fuera, como si fuéramos otra persona. Somos capaces de juzgar nuestras propias acciones como si fueran de otro, y reconocer en ellas los aciertos y los errores. La ironía, dice Scruton “permite que incluso en nuestros peores momentos deseemos vivir”.

Scruton considera que en ese “barullo de las falsas esperanzas”, de las utopías irrealizables, se ha perdido uno de los mensajes más propios de nuestra cultura: el de que “la felicidad no proviene de la persecución del placer ni está garantizada por la libertad. La felicidad viene del sacrificio (...). Y en la tradición judeocristiana el acto primero del sacrificio es el perdón”.

El perdón nos ofrece la oportunidad de reparar las cosas, de encontrar soluciones a los conflictos y evitar la llamada a la venganza. Pero el perdón sólo puede ser concedido si el que ha injuriado reconoce su falta. Un reconocimiento que, según Scruton, requiere penitencia y expiación: “A través de estos actos fundamentales el malhechor se dirige de nuevo a su víctima y restablece la igualdad moral que hace el perdón posible”.

Scruton se refiere al terrorismo islámico cuando habla del perdón. La mayor parte de los musulmanes que viven en Occidente querrían vivir en paz, aceptar las reglas del juego del país que les acoge, pero los islamistas

han recurrido al terror para imponerles una sociedad tribal, incompatible con nuestra organización ciudadana.

“Al-Qaeda es un producto de las falacias que he descrito en este libro. Promete un plan divino, un gobierno *top-down* (que emana de arriba hacia abajo) y una visión utópica; y que considera el éxito de los otros como una causa suficiente para castigarles”.

Para poner fin a su ensayo, Scruton cita al poeta irlandés William Butler Yeats:

*The best lack all conviction, while the worst
Are full of passionate intensity.
(Los mejores carecen de convicción, mientras los peores
Rebosan intensidad apasionada)*

Versos que escribió el poeta en 1919 “probablemente –dice Scruton– como reacción contra la Revolución rusa, una anticipada visión apocalíptica de la destrucción venidera. Pero también pueden ser leídos de otro modo: como una verdad universal”.

Scruton anima a las gentes de buena voluntad que quieran preservar los valores tradicionales de la cultura europea a afianzarse en sus convicciones y a hacer uso de un pesimismo razonable para “restablecer el equilibrio y la sensatez en la dirección de los asuntos humanos” y frenar así las peligrosas consecuencias que podrían derivarse de la toma del poder de estos ilusionistas utópicos, capaces de cualquier cosa con tal de no renunciar a sus sueños irrealizables.

PALABRAS CLAVE

Pensamiento político • Formas actuales de pensamiento antiliberal

RESUMEN

En este repaso al pensamiento y a la obra del filósofo británico Roger Scruton, la autora examina con detalle su último libro, donde se valora la utilidad de desarrollar un pesimismo razonable como antídoto ante las falsas esperanzas e ilusorias falacias que en nuestra sociedad occidental difunden todavía los denominados “optimistas sin escrúpulos”.

ABSTRACT

In this summary of the thinking and oeuvre of British philosopher Roger Scruton, the author analyzes his last book in detail, which values the usefulness of developing a reasonable pessimism as an antidote against the false hopes and vain expectations still propagated in our Western society by the so-called ‘unscrupulous optimists’.